

calco del miliario de Maximino y Máximo, encontrado en Guizo de Limia el año de 1758, del cual dió noticia á nuestra Academia D. Pedro González de Ulloa, como existente en aquella población y en un poste de la casa de D. Pascual de San y Romero. También envió copia de él últimamente Fr. Pedro Cid.

9.º Que se le indique igual deseo respecto de un miliario de Tito, que sirve de apoyo de una de las casas contiguas al puente de Navea, nueve leguas de Orense, camino de Valdeorres, y á media legua de Puebla de Trives.

10.º Por último que se le comunique copia de las dos inscripciones arriba citadas, en cuya interpretación ha puesto el señor Barros Sibelo empeño grande, aunque sin éxito lisonjero.

PASCUAL DE GAYANGOS.—ANTONIO DELGADO.—SALUSTIANO DE OLÓZAGA.—AURELIANO FERNÁNDEZ-GUERRA, Secretario de la Comisión.

VII

SOBRE LA OBRA TITULADA *MÉJICO DESDE 1808 HASTA 1867*.

El señor Director me designó en la anterior sesión para que emitiese mi parecer sobre la obra titulada *Méjico desde 1808 hasta 1867*, escrita por D. Francisco de P. Arrangóiz; y el anterior conocimiento que tenía yo de este libro me ha facilitado evacuar mi informe en menos tiempo del que fuera necesario desconociendo el asunto que, como lo califica con toda propiedad el autor, es una verdadera relación de los principales acontecimientos políticos que tuvieron lugar en Méjico desde la prisión del virrey Yturrigaray, hasta la caída del segundo Imperio.

Desdicha es que siempre que se trata de la historia de los países Hispano-Americanos nos encontremos con crónicas refe-

rentes á su conquista y á su pérdida, y nunca descubramos la exacta y sucesiva narración de los tres siglos en que fueron españoles.

La antigua Nueva España, efímero Imperio no hace mucho, y convertido de nuevo en agitadísima República, ofrece al historiador campo más interesante y vasto que ninguno de los otros Estados de aquel Continente, para enseñar al mundo de una vez lo que en tan largo transcurso de tiempo fué la administración de España en un extenso territorio tan favorecido por Dios con dones naturales, como maltratado por la barbarie y malas pasiones de los hombres.

¿Qué barrera se opone allí á la ilustración de aquel período, cuando muchos hombres doctos de aquella región, como el erudito y laborioso D. Lucas Alamán, no acertaron á saltarla? ¿Por qué el Sr. Arrangóiz, natural de Veracruz, hijo de padres españoles, educado en España, gran conocedor de los dos países, y tan amante de la verdad como del trabajo, se ha detenido ahora ante el obstáculo con que tropezaron los que le han precedido en el asunto que fué objeto de sus plausibles y concienzudas tareas? La respuesta, por difícil que parezca, es muy sencilla. Han desaparecido hace muchos años de Méjico, de Lima, de Caracas, Santa Fe, Buenos Aires y otras capitales del Nuevo Continente, las únicas pruebas que existían para formar su correlativa y justificada Historia en aquel tiempo, porque desaparecieron sus archivos entre las vicisitudes que ocasionaron su separación de la Metrópoli, y más aún entre los trastornos incesantes que después los han aniquilado, como providencial castigo de su ingratitude.

No hay que pensar en que se escriba en Méjico su propia historia, porque ya no se encuentra allí. Se halla en Sevilla y en Simancas; y entre el polvo de sus millares de legajos hay que averiguarla y entretejerla con paciencia, á no ser que se intente escribir una Historia puramente filosófica, que casi equivale á no escribir ninguna.

Cocretándome ahora al objeto de este informe, digo: que el libro del Sr. Arrangóiz consta de cuatro tomos en 8.º, impresos en Madrid, y como de unas 500 páginas cada uno. Desde su in-

roducción advierte al público modestamente que no presume de literato, ni adornará su composición con las «galas del estilo que deleitan».

Me permito observar con este motivo, que una de las mayores injusticias literarias de nuestra época, es despojar á la Historia, que es la verdad, de las galas que deben adornarla, y que se reservan casi siempre para las obras de pura imaginación, para la novela, que es la fábula.

Como lo expresa muy exactamente el Sr. Arrangóiz en su misma introducción, al referir los acontecimientos de la de Méjico, resume puntualmente en todo su primer tomo y la mayor parte del segundo, la que escribió el Sr. Alamán sobre el período de 1808 á 1851; y ni en la parte de su tarea que á ese espacio se refiere, ni en la restante, es el Sr. Arrangóiz inferior en veracidad y buen criterio al distinguido escritor que le precedió.

Entre los apéndices del primer tomo, inserta el Sr. Arrangóiz, sin alterarlo, el mismo largo y curioso índice de Virreyes españoles de Méjico, que publicó Alamán en sus *Disertaciones*; y no reparó sin duda, para mejorarlo, en que este escritor incurrió en varios errores. *Aliquando dormitat Homerus*.

Bastarán, pues, breves observaciones para demostrar que cometió algunos en su índice razonado de Virreyes. Al hablar de D. Juan Manuel V. de Acuña, marqués de Casa-Fuerte, y trigésimoséptimo virrey, dando en la misma equivocación cometida por Alcedo en su *Diccionario Geográfico de América*, dice Alamán que fué natural de Lima en el Perú, cuando Baena, mucho mejor informado que Alcedo en materia de nacimientos, le incluye entre sus *Hijos Ilustres de Madrid* (V. pág. 295 de su tercer tomo), como lo era segundogénito de los marqueses de Escalona; y así consta en sus pruebas para cruzarse en la Orden de Santiago, lo mismo que su padre.

Coloca Alamán en el año de 1762 la creación del primer cuerpo veterano de tropa que conoció Nueva España, cuando consta en multitud de documentos, que en la anterior época de guerra con la Gran Bretaña, desde 1739 hasta 1747, hubo allí cuerpos veteranos, tanto venidos de España como creados

en el país; y que luego el primer conde de Revillagigedo organizó en 1752 guarniciones fijas para Veracruz, Méjico, Puebla y otros puntos.

Cierto es que hasta fines de 1765 no se atendió á la defensa militar de Méjico en la escala que exigía ya la importancia de aquel Virreinato, y que esa fué la comisión con que pasó allí el Teniente General D. Juan de Villalva con numerosa plana mayor de jefes y oficiales escogidos; pero se da á entender en el índice que cesó esta comisión á consecuencia de sus disgustos y tropiezos con el Virrey, marqués de Cruillas, cuando después de regresar á España Villalva, le reemplazó en su cargo el marqués de Rubí, que fué durante muchos años el agente principal del nuevo plan de defensa de Nueva España, siendo uno de sus colaboradores principales el sabio D. José Urrutia, que tanto se ilustró después mandando ejércitos.

Podría indicar otras equivocaciones del índice, si la sobriedad propia del informe no me lo impidiera.

El Sr. Arrangóiz continúa extractando fielmente en su segundo tomo la obra de Alamán con tanta conciencia é imparcialidad como su modelo. Pero por más que se propusiera ser conciso en cuanto á sucesos militares, su mismo espíritu de verdad debió obligarle á explicar mejor y con alguna latitud lo que realmente pasó con la infeliz expedición española de D. Isidro Barradas ó Tampico en 1829; porque quien se atenga á los tres escasos párrafos que dedica á aquel episodio, creará que fueron arrojados de Méjico los expedicionarios por haber sido vencidos, cuando siempre, en todos los encuentros, sin exceptuar uno solo, fueron vencedores los españoles.

Muchos papeles que conservo de aquel tiempo, y, sobre todo, el diario del jefe de Estado Mayor de la expedición, D. Fulgencio Salas, me permiten llenar ahora el vacío que por inadvertencia, y no por otra causa, dejó en su libro el autor, español de corazón, aunque nacido en Méjico.

Aconsejado por muchos ilusos y por sus propios deseos, creyó Fernando VII la conquista de Méjico hacendera empresa, y desde la pacificación de Cataluña en 1827, ese era su sueño predilecto. Mientras se reunían en Cuba las fuerzas necesarias para

la expedición, con el carácter de vanguardia exploradora, salió de la Habana una, compuesta de los tres batallones del regimiento de la Corona, cuyo total no pasó de tres mil hombres de todas clases y armas. Desembarcaron el 27 de Julio cerca de Tampico, y después de desbaratar en los Corchos á triple número de mejicanos, se apoderaron del fuerte de la barra del río con su artillería, y de la misma ciudad de Tampico, donde dejaron sus enfermos y convalecientes, y marcharon á Altamira á recoger víveres y reses. Allí supo Barradas que todas las fuerzas de la República, acaudilladas por Santana y por Terán, no menos de veinte mil hombres, apretaban á sus destacamentos de Tampico y de la Barra y acudió con presteza á socorrerlos. Encontróse al llegar á la ciudad, en la tarde del 21 de Agosto, que Santana, ocupando ya todo su caserío, acosaba con empeño al coronel Salomón y á un centenar de convalecientes, que dentro de la Aduana se defendían heroicamente contra un enjambre de agresores; y acometió á los mejicanos por la espalda, y en punto de donde no podían salir sino pasando por encima de los españoles. El astuto Santana acudió entonces al mayor peligro: por medio de un parlamentario solicitó una conferencia con Barradas, que se le concedió con un candor interpretado como imbecilidad por los que le conocían más, y como traición por otros muchos. El resultado de la plática justificó no poco esta sospecha, porque Barradas después de terminarla, en lugar de intimar á Santana que depusiera las armas en el acto, ordenó á sus batallones que franquearan al momento el paso para que se retirasen y desfilaran las fuerzas mejicanas. Después de este hecho incomprensible, sólo con sus cañones y desde muy lejos se atrevieron los mejicanos á hostilizar á los españoles que quedaban acantonados en Tampico, unos mil setecientos, porque más de mil yacían postrados con las fiebres endémicas del país, y más de doscientos habían ya sucumbido. Pero no bastaban la disciplina y el valor contra el hambre y las enfermedades; y después de un honrosísimo convenio á que tuvo Santana que acceder, Barradas marchó á ocultar su vergüenza á Nueva Orleans, y aquella valerosa tropa se embarcó para la Habana en 5 del siguiente Octubre; habiendo ocurrido durante los [sucesos] de los últimos días, que Santana pidió prestados diez mil

pesos á la Caja de los capitulados. Por lo original no debe quedar ignorado este detalle.

Esta es en compendio la verdadera historia de la expedición de Barradas á Tampico, muy merecedora de que el Sr. Arrangóiz, con la imparcialidad que caracteriza sus asertos, las hubiera puntualizado más en sus hechos, no dando lugar á que sigan sus paisanos creyendo candorosamente que fueron vencidos los españoles en Tampico.

El que ahora tiene el honor de dirigir la palabra á la Academia, justifica con irrefutables pruebas en el tercer tomo de la *Historia de Cuba*, todavía inédito, que en lugar de ser vencidos, fueron siempre vencedores en todos los encuentros, desde que desembarcaron en Punta de Jerez, el 27 de Julio, hasta su reembarque para la Habana, el día 5 de Octubre.

Desde el tercer tomo de su obra empieza el Sr. Arrangóiz á escribir la Historia de Méjico por su propia inspiración, porque los dos primeros son, como queda dicho, un extracto bien combinado de la de D. Lucas Alamán.

Ya que su pluma no se preste á genuinas formas históricas, ni afecte pretensiones literarias, como desde su introducción él mismo nos lo advierte, acompaña á la relación de los hechos testimonios de sus mismos autores, y pruebas de tal género, que no puede la verdad quedar obscurecida. Con ellas á la vista, hasta los más apasionados al caudillo que mandó la expedición española á Veracruz y Orizava en 1861 y 1862, tienen que convencerse de que trabajó por cuenta propia, y no por el interés de su Nación.

Mucho mejor que en el libro del abate Domenech y de otros autores franceses de elegante estilo é ingeniosa frase, descubre el Sr. Arrangóiz los amaños, perfidias y torpezas que siguieron á la implantación de un trono imperial en la República de Méjico.

Sin presumir que, llevado por los franceses, sólo podría ser allí un instrumento de la Francia, un joven archiduque de Austria, el infeliz Maximiliano, se avino á ser Emperador de Méjico; y á los que sólo se pueden reducir con las armas y la justicia, intentó atraerlos con proclamas y amnistías. Para granjearse la benevolencia de los *rojos*, hasta ultrajó la dignidad cesárea de su propia estirpe, declarando fiesta nacional el aniversario de la in-

surrección del cura Morelos contra España, es decir, contra el pabellón que por su abuelo Carlos V había alzado en aquella tierra Hernán-Cortés.

Por otra parte, el mal aconsejado príncipe, después de sancionar agios financieros y tratos vergonzosos con gran daño del país, maltrató á la Iglesia y á los partidos conservadores que le habían llamado al trono, y acabó de enajenarse á los republicanos radicales, decretando impuestos y contribuciones tan desconocidos en la antigua Nueva España como en el Méjico moderno. De tales desaciertos resultaron el descontento general de la gran masa de aquellos habitantes, y los refuerzos que de todas partes acudieron al Presidente Juárez, que lanzado antes á las fronteras de Tejas por las armas francesas, así que vió libre al país del dominio extranjero, se abalanzó á destruir su frágil obra con todas las fuerzas vitales de la República. Una traición desenlazó el trágico drama de Querétaro, donde Maximiliano, ya que no había sabido reinar, supo morir.

Estos son los principales hechos que refiere el Sr. Arrangóiz en su tercero y cuarto tomo, acompañándolos siempre con textos y documentos ajenos que acaban de corroborar sus aseveraciones. El que quiera averiguar la verdadera historia moderna de Méjico, no lo conseguirá sin leer su interesante libro, aunque haya omitido un detalle cuyo recuerdo hace aún hervir la sangre de los europeos que estimen tanto como el que habla la supremacía de las razas de su Continente sobre las demás.

Al saber el sacrificio de su hermano, el actual Emperador de Austria envió al instante á Veracruz al almirante Tejettoff, una de las pocas glorias de su Imperio, á solicitar humildemente de Juárez la entrega del cadáver de aquella víctima de la política y de sus propios yerros. El heredero de los Césares, la casa misma de Hapsburgo, la más calificada de todas las reinantes, se postró entonces de hinojos ante un indio, y las sombras de Motezuma y de Guatimozín debieron regocijarse.

A pesar de algunas leves omisiones, el Sr. Arrangóiz ha llenado completamente con su libro el objeto que se proponía, presentando bajo su más verdadera faz los sucesos del país donde fué ministro, y al que representó no ha muchos años en Washing-

ton y en Londres. Ha prestado, por lo tanto, un señalado servicio no sólo á su patria, sino á la literatura histórica de la nuestra, porque en castellano está escrito su *Méjico desde 1808 á 1867*, y bien merece que la Academia reciba su obra con especial agrado, si aprueba el parecer del que ha tenido el honor de dirigirle la palabra.

JACOBO DE LA PEZUELA.

Madrid 10 de Enero de 1873.
